

La heterogenia y la panspermia, los poligenistas y los monogenistas con todos sus adelantos y teorías, con el uso del microscopio y el empleo del aeróscopo de Pouchet nada han descubierto sobre estos problemas fundamentales; el velo del *misterio* cubre aún la organización de la materia y la fuerza vital; la obra de la creación queda intacta, y su omnipotente Autor, acatado y reverenciado por todos los pueblos y naciones que cubren la faz de la tierra, sean cuales fueren sus teogonías. La humanidad entera se prosterna ante Dios.



CAPÍTULO XV

EL CELEBRO Y EL ALMA

Las doctrinas de Heráclito, Demócrito y Epicuro, filósofos griegos, junto con las del latino Lucrecio en nuestros días.—Inconveniencia de algún autor.—Divergencia de opiniones.—Sus perniciosas influencias.—El hombre consta de alma racional y materia.—El cerebro, su división, peso y volumen.—Los desarreglos mentales.—Las pasiones.—La ley de la herencia: su examen en el transformismo.—La selección.—El alma racional es simple é indivisible.—Facultades del alma racional.—El alma de los niños.—Generación y creación del alma.—Origen del alma racional.—El alma de los animales.—¿Existe el libre albedrío en los brutos?—Sus habilidades nada prueban.—La frenología y la craneoscopia.—El magnetismo animal.—El espiritismo.—El materialismo, el hipnotismo y el positivismo.—Sociabilidad de la especie humana y de los animales.—La mujer: su misión.—Dos palabras a los señores A. Dumás (hijo) y E. Girardin.—Conclusión.



En nuestros días han vuelto al palenque de la discusión las doctrinas de Heráclito, Demócrito, Epicuro y Lucrecio. El materialismo representado en su forma científica por el positivismo, ó monismo, no cede de su terreno, sigue nuevamente el camino con mayores bríos, y en alas de una arrogancia fascinadora se considera dueño de la victoria. A pesar de estas locas pretensiones sus derrotas se repiten todos los días; pero su audacia le impulsa á continuar ostentando los errores de siempre, y bajo la salvaguardia de la experiencia y de la observación no titubea en dirigir sus envenenados tiros á las creencias ortodoxas y á los espíritus apocados é irreflexivos, presentando al Catolicismo como un obstáculo al progreso científico y un azote al bienestar de la humanidad.

Dos clases de materialismo se presentan ahora: uno que corresponde á la ciencia llamado *materialismo científico* ó *teórico*, y otro propio de la vida, que se distingue con el nombre de *materialismo práctico*.

Esta distinción, más ilusoria que real, podrá ser del agrado de sus autores, convendrá á sus miras, responderá á sus aspiraciones; pero de cualquier manera que se la examine, veremos que sus doctrinas están en abierta lucha con los dogmas y la fe de los católicos.

Dejémonos de sutilezas y apóstrofes inconvenientes, impropios de la ilustración de todos los pugnadores, y con especialidad de aquellos que reniegan de la metafísica. Los que fusionamos los dos materialismos en uno sólo, los que en uso de un derecho natural rechazamos los principios fundamentales de semejantes escuelas dinámicas, porque no caben en el criterio de la razón y de nuestra conciencia científica, no somos *malévolos*, ni mucho menos *estúpidos*, como ha consignado en su obra intitulada: *El hombre según la ciencia*, el Doctor señor L. Büchner, sin duda en un momento de mal humor, y á la verdad, con una ligereza inconcebible, impropia de la dignidad de la ciencia y de la gravedad consiguiente al hombre estudioso, que después de una larga carrera se ve orlado con las insignias académicas.

Podremos estar equivocados, será posible que sostengamos una teoría que no esté en consonancia con las de este Doctor, que disintamos en absoluto; empero en ello *jamás* habrá *maldad* ni *malicia*, ni nuestras opiniones, cualesquiera que ellas sean merecerán el calificativo indigno de *estupideces*.

Nosotros respetamos como el que más al ilustre Doctor señor L. Büchner y á todos los sabios de su escuela, estamos íntimamente persuadidos, dentro de nuestro criterio y en virtud de nuestra libertad de conciencia científica, que las hipótesis de este profesor son *exageradas*, quizá *erroneas*, tal vez *disolventes*...; y sin embargo, nos abstendremos muy mucho de calificarlas de una manera inconveniente é indigna, siquiera sea por la cortesía propia de los hombres, que, como dice el mismo Doctor Büchner, *han dedicado su vida al estudio, su interés personal á la verdad y sus fuerzas intelectuales al mejoramiento de la suerte humana*. (Palabras del Doctor Büchner en la misma obra). El Cristianismo, dice el señor Chalmers, nada tiene que temer, al contrario, todo debe esperarlo de los progresos de las ciencias.

¿Cuáles son los principales fundamentos del materialismo y positivismo? Entre otros se cuentan en primer término: negar la existencia de Dios y del alma; señalar el cerebro como el único órgano destinado á producir los fenómenos de la inteligencia y de la sensibilidad, recordando las doctrinas de Cabanis en el último tercio del pasado siglo; asegurar de una manera formal que los actos espirituales y morales, la libertad, la espontaneidad y la independencia no son otra cosa que acciones químicas, esto es, movimientos moleculares de los elementos anatómicos de la masa encefálica, un juego entre los átomos de carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno (azoe) y fósforo, que se hallan en reacción continua en el reducido laboratorio que envuelve la caja craneana; proclamar la eternidad de la materia, el acaso, la vida espontánea, etc., etc.

Empero, á pesar de todo y de la sencillez como exponen semejante doctrina,

los sabios propagadores de este progreso materialista y unicista tampoco marchan de acuerdo en la forma y manera como se realiza la evolución de esta molécula fosfórica. Unos pretenden que los actos de percepción antes indicados y los de inteligencia y juicio sean el resultado de la evolución de cada una de las moléculas que constituyen el cerebro; otros quieren que estas moléculas individualmente y todas ellas reunidas, gocen de una misma facultad; y, por fin, hay ciertos profesores que opinan que existe una molécula representante de todas las demás, y en ella están condensadas las funciones del cerebro. Hé aquí las tres hipótesis que sostienen los apóstoles del materialismo y positivismo de nuestros días, llamado *monismo científico*.

Por poco que reflexionemos acerca la importancia de estas doctrinas, su influencia en el bienestar y aun en el progreso moral y científico de la humanidad y su destino futuro, nos convenceremos que conducen á un desorden espantoso, á una oscuridad tenebrosa que hunde á la sociedad en un abismo, y son el cáncer roedor que corrompe el corazón para convertirlo en inmundicia podredumbre, en *savia* venenosa que se inocular poco á poco con el único objeto de destruir todo lo existente.

Con que ¿las percepciones externas, las necesidades é inclinaciones para la conservación del individuo y de la especie, nuestras relaciones con los demás seres, las afecciones de cariño, de amor, de simpatía, de odio ó de venganza; el amor á la patria, la fe religiosa, la ternura, el entendimiento, la voluntad, la inteligencia, el genio, la esperanza, la caridad, el amor al prójimo, la razón, el temor de Dios... todo cuanto hay de grande, elevado, sublime y santo en el hombre no son más que simples efectos del organismo, resultados de la evolución histológica, meras secreciones del cerebro, que se extinguen con la muerte para siempre, sin que quede ni siquiera un lúgubre y misterioso recuerdo para consuelo de la humanidad? Es decir, que el hombre pasa por esta tierra sembrada de espinas, llena de abrojos y desengaños, erizada de dificultades, plagada de miserias y crímenes; sufre los vaivenes de una vida agitada y azarosa, los embates de la sociedad, las veleidades de la fortuna y los caprichos de la suerte; á cada paso se pone en tela de juicio su inteligencia, su bondad, su pureza y su probidad; experimenta los horrores de la escasez, tiene frío, hambre, sed y sueño; los importunos le acosan, los petardistas le engañan; su corazón está yerto y la desesperación, la indignancia, quizá la ignorancia le envuelven en una atmósfera de luto... ¿para luégo desaparecer como la planta y el animal dentro el muladar de la materia? Con que ¿el hombre honrado y aquel que está dominado por el vicio, el criminal y el virtuoso, la víctima y el asesino, el holgazán y el trabajador; el sabio, que aplica la ciencia en bien de sus semejantes y el ignorante, que la rechaza; el probo y el mentiroso, el que

se ha sacrificado en aras de la patria y aquel que la ha vendido ó hecho traición infamemente, el generoso, el hipócrita, el pérfido, el ingrato, el buen padre de familia, el buen patricio, el ciudadano leal, el hijo obediente, el esposo casto..., todos esperan igual recompensa, el mismo premio, idéntico castigo?... ¿A todos los iguala la muerte y les señala un mismo destino?... ¿Con qué la creencia en la existencia y realidad de una vida futura se forma desde el momento en que la imaginación crea esas regiones invisibles, calcadas sobre la vida real, donde las sombras errantes se reúnen á gozar de todos los bienes que en vano buscaron sobre la tierra?... ¡Ah! ¡desgraciados de estos ateos, que cubiertos con el manto de la ciencia experimental y so pretexto de sostener las doctrinas transformistas niegan la vida futura, desprecian la Religión verdadera, escarnecen y se burlan del alma y escupen el rostro del divino Salvador! Les compadecemos de todo corazón, porque en su ceguera y haciendo alarde de una moral independiente son fatales á la sociedad en que viven y á la juventud que instruyen bajo la apariencia engañosa de un progreso mentiroso que ha de mejorar su provenir.

¡Oh! No, no. Por fortuna la experiencia, la reflexión y la sana razón nos dicen con elocuente lenguaje y nos demuestran sin ningún género de duda las verdades del orden moral y religioso; y la ciencia contra las utopias repugnantes enseña que el hombre es algo más, ya en su organismo, ya en sus facultades psíquicas, que un musgo ó un infusorio, que un gorila ó un chimpanzé. Sí, la anatomía da á conocer, entre otras cosas notables, que para algún fin Dios, al crear al hombre le suprimió el ligamento cervical y el hueso intermaxilar; que para algo le proveyó de ciertos músculos para que sin esfuerzo alguno y por un movimiento natural, propio de la organización peculiar á su único reino, pudiera levantar la cerviz y mirar al cielo implorando la protección de su infinita Providencia; que para algo le concedió el don admirable de la palabra y de la mimica, que son exclusivos del linaje humano.

El hombre piensa, produce y realiza actos de inteligencia y de moralidad, distingue lo bueno, lo justo, lo bello, el derecho, el deber, el mérito, la gloria, tiene la libertad para obrar, y todas estas preeminencias, todas estas prerogativas nos conducen á que aceptemos con el R. P. Meric, y otros pensadores de todos los tiempos, que hay en él una causa libre, inteligente, intacta y espiritual. Empero en el sér humano existe también otra sustancia extensa, divisible é impenetrable, el *substratum* de los filósofos, inerte, pasiva y sin acción alguna, de constitución molecular más ó menos complicada, y que se mueve bajo el impulso de agentes desconocidos que obedecen á una inteligencia superior. De todo ello deducimos naturalmente, que el hombre consta de un espíritu anímico, el *alma racional*, y del *substratum*, la *materia*.

El alma racional, pues, es una realidad ó naturaleza que existe dentro de nosotros mismos como principio de sentir, entender, imaginar, juzgar, querer, etc. Esta realidad es una cosa sustancial y no un accidente que permanece entre las funciones distintas de nuestro organismo vivo.

La naturaleza humana y la personalidad en el hombre serian incompletas si careciesen de un principio simple é indivisible, el cual á su vez se une necesariamente á un organismo determinado; donde por medio de ciertos órganos especiales puede realizar aquellas funciones y actos que por sí no podría conseguir; como ver, oír, gustar, etc.

En las funciones que ejerce el sistema nervioso, ó mejor; *el tejido nervioso*, se ha pretendido descubrir por el materialismo ó monismo científico, el órgano



Encéfalo visto por su cara superior.

AA. Grande cisura. — B. Hemisferio derecho. — I. Hemisferio izquierdo.

peculiar á las múltiples y variadas facultades del *intelectu*. La estructura de este órgano es complicada, y en él encontramos en primer término una materia de color agrisado llamada *sustancia gris*, que está formada principalmente por las células nerviosas, y que se la considera como el foco más importante de la actividad nerviosa. Luego la *sustancia blanca* provista de haces tubulares que circulan en diferentes direcciones, se ramifican por todo el cuerpo y parece que están destinados á formar la materia conductora. Aquí tenemos, pues, el *encéfalo* y la *médula espinal* que constituyen los dos centros nerviosos.

No pretendemos dar á conocer la anatomía del sistema nervioso, ni hace falta para nuestro objeto; sólo diremos de un modo general, que el encéfalo

consta del *cerebro* y el *celebelo*, el cual tomando la figura de un cordón continuado constituye la *médula oblongada* y la *médula espinal*.

El *encéfalo* propiamente dicho, es aquella masa de tejido nervioso contenida dentro del cráneo, la cual se divide en cerebro, y celebelo, y de ella parten los *nervios craneales*. Esta masa, como hemos indicado, se prolonga sin interrumpirse, dando lugar á las dos médulas.

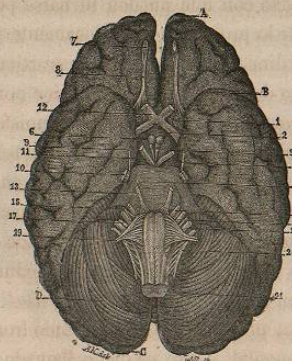
El cerebro, que es la porción más voluminosa del *encéfalo*, consta de sustancia gris ó cortical y de sustancia blanca ó interna, cuyas células y tubos nerviosos están unidos por una materia granulosa y punteada en el cerebro, y por un tejido conjuntivo en los nervios. Sus importantes funciones, su estructura delicada y la facilidad con que pueden turbarse por violentas sacudidas, ha hecho que el Creador lo protegiera cuidadosamente por medio de un envoltorio óseo de forma curvilínea, provisto de muchas articulaciones, por un tegumento cutáneo cubierto de cabello y en el interior por tres membranas que constituyen las *meninges*. Está dividido en dos hemisferios laterales por una cisura ó surco profundo que sigue la línea media. El señor Flourens ha localizado las funciones de este órgano en cuatro regiones: en los lóbulos cerebrales, dice, reside la inteligencia; en el celebelo la coordinación y equilibrio de los movimientos; en los tubérculos cuadrigéminos donde toman origen los nervios ópticos el ejercicio de la vida, y en fin en la médula oblongada el asiento de la vida, que reside en un punto llamado *nudo vital*.

Sin embargo, los anatómicos distinguen el lóbulo frontal, el parietal, el occipital, el temporal ó esfenoideal, y otro pequeño llamado *centro* ó *isla*. Tiene el cerebro una serie de circunvalaciones á las cuales se les ha dado gran importancia y han sido estudiadas por sabios profesores, admitiéndose como un hecho verdadero, que cuanto mayores son estas huellas, se descubre mayor elevación en la inteligencia. El señor Albers de Bonn ha dicho, que en los cerebros de las personas consagradas al estudio, la sustancia propia del órgano es más compacta, y la materia gris y las anfractuosidades presentan mayor desarrollo. La línea occipital de Dauberton y otras invenciones á cual más peregrinas, no explican los fenómenos de la inteligencia, ni mucho menos las aptitudes é inclinaciones del hombre y de los animales.

El señor Eduardo Fournié divide el cerebro en cinco regiones: en la *primera* comprende los nervios que impresionan, es decir, aquellos que conducen al cerebro el producto de una impresión recibida, los cuales ocupan la parte posterior de la médula espinal. Estos nervios terminan en la región *segunda*, conocida con el nombre de *capas ópticas*, las cuales están compuestas en su mayor parte de células nerviosas. De este centro parten las fibras en forma de radios que establecen franca comunicación, por un lado con la región *tercera*,

que está compuesta de las células que constituyen lo que se llama *capa cortical* del cerebro; y por la otra con la región *cuarta*, formada también de células que se designan con el nombre de *cuercos estriados*. De esta última región parten los nervios del movimiento, que ocupan la región *quinta*, representando la mayor parte de las localizaciones adquiridas en la ciencia.

Se ha dicho que el cerebro del hombre es mayor que el de la mujer, y todos los hechos observados convienen en lo mismo, aun cuando se nota alguna variedad en la diferencia. Sin embargo, las comparaciones han sido tan exiguas que no puede establecerse como un principio bien probado. La estruc-



Encéfalo visto por su cara inferior.

A. Lóbulo anterior del cerebro.—B. Lóbulo medio.—C. Lóbulo occipital.—D. Lóbulo lateral del cerebro.—1 y 2. Cuerpo y tallo pituitarios.—3. Pedúnculo cerebral.—4. Protuberancia anular.—5. Espacio interpeduncular.—6. Tubérculo mamilar ó pisisiforme.—7 y 8. Nervio olfatorio.—9. Nervio patético.—10. Nervio trigémino.—11. Nervio motor ocular común.—12. Entrecruzamiento de los nervios ópticos.—13. Nervio motor ocular externo.—14 y 15. Nervio facial.—16. Nervio acústico.—17. Nervio glosa-faríngeo.—18. Nervio pneumo-gástrico.—19. Nervio hipogloso.—20. Nervio espinal.—21. Bulbo raquídeo.

tura y consistencia del cerebro en los dos sexos no presenta nada de particular, siendo ambos aptos para los trabajos intelectuales.

Así como en el infante la masa cerebral tiene la consistencia de una jalea, en la vejez se endurece, se enjuga y se pone arrugada.

El *celebelo*, situado en la región occipital y debajo del cerebro, es mucho menor y se divide en dos hemisferios laterales, simétricos y un lóbulo medio; está compuesto asimismo de sustancia gris y sustancia blanca, y difiere del cerebro en su aspecto exterior por las líneas curvas casi concéntricas que se presentan como verdaderos surcos.

Los nervios craneales ó craneales parten de la base del cerebro en número

de doce pares simétricos, los cuales atravesando la caja osea siguen por la cara y el cuello, y algunos van á los órganos de los sentidos para transmitir al encéfalo y á el alma, las sensaciones de la vista, del oído, del gusto y del olfato. Estos nervios unos gozan de sensibilidad propia, otros sólo presiden la sensibilidad general y algunos se emplean á la vez para la sensibilidad y el movimiento. Completan el sistema nervioso general, además de otros nervios secundarios, la médula espinal y los nervios que de ella derivan, destinados á la acción refleja y en parte á los movimientos voluntarios.

Dada la simplicidad y espiritualidad del alma racional, sería á nuestro juicio, dicen ciertos filósofos, una extravagancia asignarle para su residencia sitio marcado; lo natural y lógico será admitir que se encuentra por todo el cuerpo, y toda ella en cualquier punto del mismo; y esta opinión que han dado á conocer muchos sabios sólo tiene significación racional, cuando se refiere á el alma considerada por sus facultades y funciones. Sin embargo, un instinto peculiar á la razón humana y sostenido con universal aceptación, coloca la cabeza como el centro motor, donde se halla la racionalidad, la inmaterialidad, la imagen personal del hombre. Gall al fundar la frenología sacó del olvido este principio del divino maestro de la filosofía griega. Martín Martínez llamaba á la cabeza *sacro alcázar de Minerva*.

Los fisiólogos se han empeñado en señalar en el cuerpo humano un sitio privilegiado para que sea el asiento del alma racional. La escuela materialista y positivista proclaman á grandes voces que el cerebro es el sitio y á la vez el órgano de todas las facultades intelectuales y de las percepciones sensibles; para ellos el alma racional es un mito.

El cerebro, dicen algunos menos exagerados, no sólo es el órgano del pensamiento y de todas las funciones del espíritu, sino que en él tiene su asiento único y exclusivo el alma racional.

Platón creía que el alma humana residía en el cerebro.

Heráclito, Critias y aun los hebreos la colocaron en la sangre.

Aristóteles quiso encontrarla en el corazón.

Ficinius, lo mismo que Descartes, le señalaron la glándula pineal.

Soemmering pretende que el alma humana está alojada en los ventrículos del cerebro.

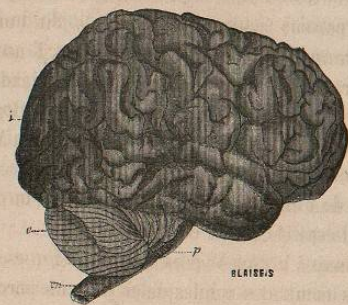
Kant aseguraba que se encontraría en el agua de las cavidades.

Eunomoser es de opinión que está diseminada por todo el cuerpo.

Fischer creyó encontrarla en el sistema nervioso, Edmánn en el cerebro.

Y el señor F. Lucas sostiene que el *sensorio* ó centro de nuestras sensaciones y percepciones, es un *átomo* indivisible, indescomponible é inaccesible al escarpelo del anatómico.

Se ha dado también grande importancia al peso normal del cerebro humano, á su tamaño, forma y volumen, y hasta á la cantidad de fósforo, como elemento, el cual debé marcar el mayor ó menor desarrollo del pensamiento y de la inteligencia. Es un error creer que la inteligencia del hombre está en relación del peso del cerebro. Habrá indudablemente algunos casos en los que esta coincidencia será evidente; pero de ello no puede deducirse un precepto científico que establezca una ley. ¿Quién duda que Napoleón I, Cromwell, Byrón, Voltaire, Rafael de Urbino, Cuvier, Gall, Dupuitren, ... fueron todos en distintos estudios y conocimientos, hombres extraordinarios, de ingenio, de valor y de especial talento para que la posteridad, con justicia, los haya calificado de *grandes* y de *sabios*? Y, sin embargo, sus cerebros tenían pesos muy variables, algunos apenas alcanzaban el término medio del peso á que han llegado los ce-



Encéfalo visto de perfil.

a. Hemisferio derecho. — p. Protuberancia anular. — c. Cerebelo. — m. Bulbo raquídeo.

lebros de la generalidad de los hombres, y entre ellos los hubo tal vez con un peso menor.

Poca confianza deben inspirar semejantes estudios y comparaciones, cuya inexactitud resalta á primera vista. Con efecto, en todos ellos se ha pesado la masa encefálica por completo, cuando sólo debió colocarse en el platillo de la balanza aquellos lóbulos, donde se manifiesta la inteligencia, buscar luego la relación de estos pesos con los del cuerpo, y hasta apreciar las profundidades de cada una de las anfractuosidades, las cuales aumentan ó disminuyen de una manera notable la cantidad del tejido nervioso.

Empero, todas estas investigaciones, muy útiles para el anatómico, el fisiólogo y aún para el químico, y sobre todo para aquel que se dedica á la antropología, han salido fallidas cuando se ha penetrado en el campo de su aplicación práctica, sin que haya podido deducirse *nada* de positivo que contradiga

la existencia del *alma* y de sus funciones psíquicas. De suerte, que ni el tamaño del lóbulo frontal, ni el valor de la circunferencia horizontal del cráneo, ni el conocimiento de los cráneos dólicocéfalos frontales y occipitales, mesocéfalos, microcéfalos y braquicéfalos, ni otras muchas particularidades que da á conocer el materialismo ó el monismo científico, han podido rebajar la noble y levantada misión del alma humana.

Es innegable que el estudio reflexivo de los padecimientos mentales es de grandísima importancia bajo el punto de vista médico, filosófico y jurídico. pero estos estudios no han llegado á tanta altura que sean bastantes para negar la existencia del alma racional, como han pretendido algunos profesores. El idiotismo y la locura en todos sus grados, variedades y aberraciones, que la ciencia distingue con nombres especiales, no excluye el *yo* que siente, piensa y quiere. Para algunos alienistas de levantada reputación, no está aún bien probado que todas las vesanias sean siempre el resultado de lesiones de la masa encefálica, sino que, según opinión de los señores Esquirol, Létut, Ferrús, Georget y otros sabios, la locura presenta en el cerebro estas lesiones cuando va acompañada de algun padecimiento orgánico; de suerte, que en la mayoría de los casos se la califica de afección psicológica. De aquí resulta que los distintos grados de demencia y en particular todos los que constituyen la *monomanía*, provendrán de una perturbación más ó menos intensa y sostenida entre las relaciones del espíritu con el encéfalo.

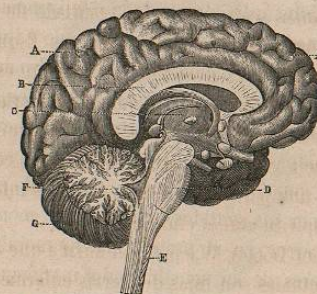
Sin embargo, el señor Doctor Wachsmuth afirma que estas perturbaciones en las facultades intelectuales son hijas de ciertas enfermedades que tienen su asiento en el cerebro, órgano, como dice este autor, de la inteligencia, del cual sólo se conocen las causas por los efectos patológicos, y que guarda en los casos de idiotismo cierta relación con las formas del cráneo.

El idiotismo con su cretinismo é imbecilidad y la locura que comprende la demencia, la manía, la lipemania y la monomanía, diga cuanto le plazca este profesor, son estados psíquico-patológicos, en los cuales el alma se halla siempre interesada. Á pesar de todo, estas lesiones accidentales no afectan de modo alguno la integridad del alma ontológica, ni mucho menos el cuerpo etéreo de esta alma inmortal.

¡Ah! ¡cuán desgraciado es el sér humano cuando las relaciones entre el espíritu y la materia se hallan perturbadas, y no pueden realizarse con normalidad las importantes funciones psíquicas! Entonces concibe proyectos atrevidos y diabólicos, delirios y alucinaciones; una idea fija y permanente le turba el sueño y le roba la tranquilidad de su corazón, y, si alguna vez se eleva al heroísmo ó á un misticismo exagerado, en general tiende siempre á horribles atentados, á execrables impulsos, á proyectos de destrucción y á crímenes

monstruosos. ¡Ah! ¡cuántas y cuántas veces la locura representa el suicidio del espíritu provocado por el orgullo!

El señor Doctor D. Emilio Pi y Molist médico alienista, sienta, en su *Proyecto médico razonado*, etc., «que la enajenación mental es la enfermedad más cruel, el infortunio más desastroso y horrible. El hombre que la padece tiene lisiadas en mayor ó menor grado, ya total, ya parcialmente sus facultades intelectuales, morales é instintivas; menoscabados los sublimes atributos en cuya integridad y sabia coordinación se fundan su dignidad, grandeza y supremacía, su noble carácter de primera y privilegiada criatura. Víctima de su exaltada, deprimida ó depravada sensibilidad, así externa como interna, y perturbadas, por tanto, sus sensaciones, es el juguete de infinitos errores de los sentidos, de ilusiones y alucinaciones que producen y sostienen su delirio. Abrumado



Corte vertical del encéfalo en la línea media.

AA. Hemisferio izquierdo.—B. Cuerpo calloso.—C. Tálamo óptico.—D. Protuberancia anular ó puente de Varolio.—E. Médula espinal.—F. Cerebelo mostrando el árbol de la vida.—G. Hemisferio izquierdo del cerebelo.

por la multiplicidad de sus sensaciones falsas, que dan origen á una exuberancia de ideas erróneas é inconexas y á una multitud de afectos desordenados y versátiles, incapaz de reunir sus sensaciones é ideas, de coordinarlas y combinarlas; y falto de atención, que es como la reguladora de la vida mental, divaga su entendimiento sin orden, sin objeto, vacilante, indeciso, inhábil para conocer las calidades de las cosas, sus relaciones recíprocas y consigo mismo para compararlas entre sí, elevarse á las regiones de la generalidad y más todavía de la abstracción. Pasiones arrebatadas, entre las que suelen descollar la ambición y el orgullo, y con bastante frecuencia el miedo, el desamor y aun el odio, lo avasallan y arrastran á actos repugnantes, violentos, vergonzosos y abominables. Contra ellos se subleva á veces su conciencia, mas subyugada su voluntad no es poderosa para resistir el impulso que la domina. Los puros afectos

morales, alimento del corazón, goces inefables del alma, se desordenan, se pervierten y se aniquilan, como que hasta llega á borrarse el sublime amor maternal, el más acrisolado de los amores humanos. Á par de las facultades mentales alteránse en el enajenado las físicas, y su cuerpo padece como su espíritu. Ora se exaltan, ora se debilitan sus fuerzas vitales; ya las musculares adquieren una energía extraordinaria, ya decaen en términos de anonadarse totalmente; su fisonomía retrata los encontrados afectos, pasiones é impulsos que en su interior batallan; su nutrición es incompleta y defectuosa; acoméntenle dolores vagos, más ó menos intensos, y un insomnio pertinaz le roba el descanso y enardece su excitabilidad. En el último grado ó forma más acabada de la enajenación, con una evolución orgánica tarda, irregular, con una estructura defectuosa coinciden naturalmente los más graves desarreglos físicos y mentales; síntomas de escrófulas, raquitis, epilepsia y paralipsis con una debilidad suma ó acaso obtusión completa de la inteligencia.

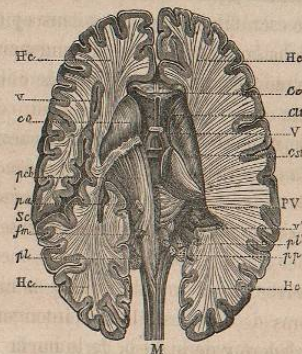
»No todos los enajenados, continúa el distinguido é ilustre alienista Doctor Pi y Molist, presentan á la observación este vasto cuadro de síntomas psíquicos y somáticos, sino que su número é intensidad varían según la forma particular, indole y grado de la enfermedad que aquellos padecen. Empero aun prescindiendo de los desórdenes orgánicos, que raras veces se echan de menos en las dolencias mentales, puede decirse de todo enajenado en general, que incesantemente engañado por sus sentidos, imaginación, memoria y juicio divaga sin freno, víctima del error, en el mundo físico y moral; que supeditada su conciencia por los errores de su sensibilidad é inteligencia llega á perder el conocimiento de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y lo malo, de lo justo y lo injusto; que por consiguiente desconoce sus derechos, obligaciones y deberes; que le falta el libre albedrío, y avasallado acaso por pasiones aviesas é irresistibles comete actos que ofenden la moral, conculcan la religión y perturban la sociedad; y que en este caso puede comprometer sus intereses, vida y honra y los de sus semejantes, y viene por tanto á ser peligroso para sí mismo, su familia y el orden público.»

Véase, pues, cómo el sabio frenópata Doctor D. Emilio Pi y Molist considera á los desgraciados enajenados, después de sus especiales estudios y observaciones diarias sobre esta difícil y complicada materia, y de sus viajes *ad hoc* á los manicomios más acreditados de Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania é Italia.

Efectivamente, en esta clase de perturbaciones del intelectu vemos siempre alteradas ó descompuestas cuantas facultades corresponden al espíritu; y como dice el Doctor Pi y Molist, «la sensibilidad está perdida ó muy modificada, la memoria con todas sus aberraciones carece de energía propia, la aten-

ción, el juicio, la imaginación, la *voluntad*, la conciencia y hasta las ilusiones y alucinaciones constituyen una serie de frenopatías generales y parciales, en las cuales los padecimientos del espíritu se reflejan en las alteraciones mentales y en los desórdenes de la inteligencia.»

Padecimientos son todos estos que van acompañados de anomalías en el sistema nervioso, y de trastornos en las funciones fisiológicas de los demás centros; todo lo cual ejerce una influencia poderosa sobre el organismo y coloca al paciente en un estado lastimoso, sin que se aperciba de ello, ni tenga conciencia de tan grandes como profundas alteraciones. Padecimientos que se reflejan claramente en las modificaciones del paciente, y que desarrolladas con más ó menos intensidad según los distintos grados que pueden alcanzar, ofre-



Corte horizontal del encéfalo visto de arriba.

H c. Hemisferios cerebrales.—C c. Cuerpo caloso.—V. Parte anterior del ventrículo lateral izquierdo.—C i t. Tabique transparente.—o. Talamo óptico.—p c b. Pedúnculo cerebral.—p a. Pedúnculo anterior cerebeloso.—p l. Pedúnculo lateral.—p p. Pedúnculo posterior.—S c. Cisura de Silvio que divide lateralmente los hemisferios cerebrales.—M. Médula espinal.

cen irregularidades en el esqueleto, deformidades en el cráneo y una degradación general que separa á estos desgraciados seres de los demás hombres.

Hay tantas anomalías y contradicciones en la manera de apreciar los trastornos de la inteligencia, de la razón y hasta de la voluntad, que muchas veces el hombre reflexivo duda y se halla perplejo para fijar su opinión definitiva, sin que lastime los fueros de la justicia ni las prerogativas de la humanidad. Cuando el cerebro padece se notan todos aquellos trastornos en distintos grados de intensidad, porque se alteran, modifican ó suprimen las manifestaciones del alma racional, hasta alcanzar en muchos casos un idiotismo completo. En la acción narcótica ó estimulante de ciertos medicamentos y preparados, el efecto de muchas bebidas, en una herida ó fractura del cráneo, en los derrames, etc.,

la inteligencia sufre ciertas alteraciones. La compresión de las dos carótidas, el colapso y otras perturbaciones y estados patológicos ocasionan también trastornos cerebrales y hasta la muerte: hallándose todo esto fuera de la configuración que anatómicamente puede presentar el cráneo, y de la que específicamente ofrecerá la masa encefálica.

Afortunadamente los adelantos de las ciencias médicas han desterrado de las casas de orates, aquellos tratamientos rigurosos, crueles y hasta inhumanos, que aumentaban los síntomas de los pacientes, les ponían furiosos y terminaban por lo general con la muerte. La higiene de estas casas benéficas ha mejorado de una manera sorprendente, y los infelices enajenados que en ellas se albergan encuentran aires puros, habitaciones que no carecen de comodidad relativa, alimentos sanos y paseos, baños y jardines en medio de su aislamiento. Hoy el *furor* es un síntoma pasajero, un epifenómeno del mismo padecimiento, que no debe confundirse con la locura propiamente dicha que reconoce signos especiales. «No hay locura, ha dicho el señor Ferrús, sin trastorno de la inteligencia.»

Y entiéndase que á pesar de todo, se observan paroxismos y periodos de reacción completa; y si en los primeros la exacerbación llega muchas veces á su máximo, en las reacciones se ve que la razón, la conciencia y el libre albedrío recobran su imperio para que el paciente se presente como en su estado más perfecto de salud.

Horrorosos crímenes se realizan todos los días y la historia de la monomanía homicida nos lo revela en páginas escritas con sangrientos caracteres, donde la hipocondría, los vaivenes de la fortuna, la pérdida de una persona querida, la envidia, la irascibilidad, los celos y sobre todo la falta de creencias y fe religiosa impulsan á cometer atropellos bárbaros y crímenes nefandos, que luego pueden quedar impunes. Ni queremos la estoica severidad de aquel magistrado que decía á Marc: «Si la monomanía es una enfermedad, cuando instiga á cometer crímenes graves conviene curarla en la plaza de la Grève,» ni tampoco que la ciencia frenopática se convierta en un recurso jurídico para patrocinar aquellas causas criminales que por su evidencia se consideran perdidas, haciendo ilusoria la eficacia de la ley y la rectitud de los tribunales y jurados. Debemos, en verdad; admitir la monomanía, y aceptar, como ha consignado el Excmo. Sr. D. José Francisco Pacheco, que la humanidad padece esta clase de vesanias, no olvidando que la locura no es transitoria ni mucho menos instantánea; ni tampoco que el hombre dominado por una idea fija que no resulta del delirio sea verdaderamente loco. Más de un caso conocemos, donde la monomanía homicida ha desviado la opinión y el juicio de los magistrados.

Conocer los límites en los cuales la libertad humana deja de dirigir las acciones de los hombres, para apreciar la responsabilidad criminal y jurídica en ciertos delitos, será siempre un problema de difícil y complicada solución, en el cual el jurisperito tendrá que auxiliarse del médico y ambos aclarar de una manera real y evidente la intensidad ó la falta de una afección frenopática que haya podido modificar el estado psicológico del individuo; porque si la sociedad reclama el castigo del delincuente, la conciencia exige pruebas completas, claras y sin ningún género de duda para aplicar este castigo.

Respecto á la influencia que ejercen en el sensorio el estado de los huesos del cráneo y hasta las lesiones de la masa cerebral, se dan á conocer hechos y fenómenos que llaman la atención del filósofo, del médico y del jurisconsulto. Se cita á una mujer que trataba el Doctor Pierquin (1825), cuyo padecimiento le había destruído una porción de los huesos del cráneo y la parte de las membranas que cubren el cerebro. En ella se veía fácilmente como la masa encefálica aumentaba de volumen cuando estaba despierta, y se aplanaba adquiriendo un tinte rosado mientras dormía; al despertar pronunciaba algunas palabras que manifestaban haber recobrado la inteligencia, y entonces el cerebro adquiría un tinte coloreado. Se han dado á conocer muchos casos de heridas de sable ó de un proyectil cualquiera, que han destruído una buena parte de los lóbulos anteriores del cerebro, sin que la inteligencia haya experimentado la menor perturbación. No pocas veces la mano del cirujano extrae cierta cantidad de la masa cerebral, la herida se cicatriza y el individuo conserva íntegras todas sus facultades psíquicas (1).

Richerán, Morand, Broca y otros profesores han dado á conocer algunos casos semejantes, siendo de notar el que refiere el segundo, de un hombre que pedía limosna en las puertas de los templos teniendo en la mano su propio cráneo. Cuando en los casos de idiotismo y locura se examinan los cerebros, rara vez se nota en ellos alteración alguna digna de ser estudiada, y si hay circunstancias, aunque pocas, en las que se observa en la textura, vascularización, consistencia, etc., del cerebro una alteración más ó menos profunda

(1) No podemos dispensarnos de consignar aquí el caso de una señora de Granada que presentaba una herida de bastante consideración en la parte superior del parietal derecho. El médico que la asistía, D. Bonifacio Martínez, hubo de extraerle durante el curso de la enfermedad varias esquirlas y porciones de huesos necrosados y además algunas porciones de la masa encefálica. El distinguido y célebre decano de la Facultad de Medicina de París en aquella sazón (1847), D. Mateo Orfila, que casualmente visitaba la ciudad granadina, tuvo ocasión de observar este raro caso en el Paraninfo de la Universidad, donde fué trasladada la enferma desde su domicilio. Dicha señora curó perfectamente sin que en ninguno de los periodos de su curación ni después de ella sufrieran la más mínima perturbación sus facultades mentales.

siempre se halla en la sustancia gris. El encéfalo del alienado presenta casi siempre el mismo aspecto que el del hombre cuerdo y de sentido común. En el cretinismo y la idiotez todas las alteraciones y deformidades son, en general, congénitas; pero la imbecilidad puede ser consecutiva de un estado patológico, idiopático, sintomático ó simpático del encéfalo.

El hombre, arrastrado muchas veces por una pasión desordenada, olvida su propia dignidad, se degrada, se prostituye, llega á envilecerse, y con arrojada decisión se lanza impetuoso en la carrera del crimen cometiendo toda suerte de tropelías, de excesos y de iniquidades para hundirse en el fango de la miseria, de la abyección, de la impiedad y de la inmoralidad. No es que el hombre haya nacido malo, vicioso y perverso, como algunos han creído. Hay en él una conciencia que le grita dentro de sí y le llama hacia el bien, que le recuerda constantemente el amor y cariño de las personas que le dieron el sér y que han cuidado de su infancia, de los seres á quienes ha amado, de aquellos que le han alargado una mano benéfica y de los que le han prodigado palabras de consuelo. ¡Cuántas almas extraviadas por la irresistible influencia de una atmósfera física y moralmente viciada, han vuelto á adquirir la tranquilidad y la calma habitual oyendo solamente los consuelos que les ha proporcionado la santidad del Catolicismo! Los fatales efectos de las pasiones pueden evitarse. El hombre sabe reprimirlas y aun les da el giro que más conviene á sus deseos y proyectos, y llega, si así le conviene, á extinguirlas; por esta razón, las leyes, tanto civiles como eclesiásticas, las condenan y las clasifican de delitos. Las pasiones no pueden confundirse de modo alguno con la locura y la demencia, porque en ésta el alma padece, mientras que en aquéllas el cerebro, del cual el espíritu recibe la impresión, se halla sobreexcitado. La transmisión de los caracteres, de las cualidades intelectuales, de las virtudes y de los vicios, ha dicho el señor Huet en su obra intitulada: *La ciencia del espíritu*, no puede efectuarse por la generación física; de suerte que no son hereditarios, y sólo se adquieren por el individuo como efecto de una voluntad y deliberación meditada. El hombre será, pues, responsable de todos los actos que realice impulsado por sus pasiones.

La ley de la herencia, que tanto invocan los transformistas, es una quimera, si se toma en absoluto, porque de otro modo los defectos físicos y las aberraciones morales se perpetuarían en determinadas familias, mientras que otras ejercerían el monopolio de las perfecciones físicas, de las aptitudes virtuosas y de las preeminencias de la ciencia. El talento, la religiosidad, y cuantas perfecciones morales se notan en un individuo, ó bien los excesos del vicio, de la inmoralidad, de la irreligiosidad y del crimen, en ningún caso, nunca son heredados. Hay en el hombre aptitudes propias que son innatas y no se transmiten

á los hijos, es decir, que no se heredan. Los instintos de los animales, peculiares á cada especie, se perpetúan de generación en generación, lo cual constituye lo que pudiéramos llamar una verdadera herencia.

«El hombre, dice el P. Eduardo Llanas en una de sus conferencias, por el contrario, aunque algo puede agradecer á la herencia en su desarrollo y perfeccionamiento psíquicos, debe esperarlos principalmente de la educación y de la sociedad, encargadas de formar su presente y de preparar su porvenir. Constituido naturalmente para vivir en sociedad intelectual con sus semejantes, para lanzarse por su propia energía y explayarse por su propio impulso en el mundo de las ideas, en el mundo de las relaciones, en el mundo de las causas substanciales, no puede permanecer en un estado pasivo, no puede perseverar en un quietismo estacionario; será lo que las circunstancias le permitan, lo que la educación, la experiencia y la sociedad le faciliten; será un Cettiwayo si vive



Corte del cerebro.

V. Parte media.—C. C. Lóbulos laterales, el uno, C', cortado para hacer ver el árbol de la vida, producido por las irradiaciones de la sustancia blanca.—P. V. Protuberancia anular ó puente de Varolio.—M. c. Prolongación de los haces de la médula á través del puente.

en el Zululand, será un Napoleón I si vive en Francia, será un salvaje si nace en la Oceanía, será un bárbaro si nace en Asia, será un hombre culto si nace en Europa. ¿Quién puede sospechar la altura á que el alma humana puede ascender? Jamás el entendimiento del hombre hallará otro término á su expansión que el opuesto por la organización física de que depende; ya que el campo de sus excursiones es inmenso, porque inmensas son las relaciones en que puede hallarse con los otros entendimientos, inmensas las relaciones que le unen á los fenómenos y agentes sensibles, á las sustancias espirituales, sin excluir el mismo Dios, é inmensas son las relaciones que puede sorprender entre los agentes y los fenómenos, entre las causas y los efectos, entre las sustancias y los accidentes, entre el Creador y las criaturas, entre las criaturas todas entre sí. Quizá, señores, la humanidad histórica no ha hecho más que abrir paso, franquear la entrada al terreno que está reservado á la investigación y conocimiento de la humanidad del porvenir. Como quiera, la inteligencia humana